

mujer los bienes que había llevado en dote ; además tenía una hija joven y hermosa, que se había casado con el señor de Chatillón, cuyo padre fué después jefe de los ballesteros de Francia. Todo lo que tiene algún poder en los hombres había enlazado aquel matrimonio : todo lo que es santo delante de Dios le había consagrado. Rompióse aquella unión sin piedad y sin remordimiento, rompióse lo que solo el Papa podía desatar, y casóse de nuevo á los dos jóvenes con quien plugo al duque de Borgoña.

El rey no podía evitar todas estas persecuciones porque su estado empeoraba por momentos, y solo se tenía alguna esperanza en el efecto que produciría en él la presencia de la reina. Se creía que después de haber olvidado á todo el mundo se acordaría de ella, porque era á quien más había amado.

VIII.

La abadesa.

Como se ha visto en el capítulo precedente, la desgracia sucedida al rey había arrastrado en pos de sí una revolución total en los negocios del reino. Los que su razón protegió, su demencia perjudicó. El gobierno del estado pasó de sus débiles manos á las de los duques de Borgoña y de Berry, que sometiendo la política general á sus resentimientos personales, herían con la espada del odio y nunca con la de la justicia. El duque de Orleans era el único que hubiera podido balancear su influencia en el consejo ; pero entregado enteramente al amor, había abandonado fácilmente sus pretensiones á la regencia, y no se le había ocurrido luchar ni por él ni por sus amigos. Fiado en su título de hermano del rey, descansando en su poder ducal, poseedor

de inmensas riquezas, joven y negligente, retenía en su pecho todo soplo de ambición que hubiera podido obscurecer su cielo de azur. Dueño además de ver á su real amante á todas horas y en todos sitios, esta felicidad llenaba los momentos de su vida; y si de vez en cuando un suspiro ahogado revelaba el remordimiento que en el fondo de su corazón se ocultaba, si algún triste recuerdo arrugaba de repente su frente, bastaba una palabra de su querida para volverle la alegría y una caricia para adormecer su corazón. Isabel era la italiana que ya conocéis con su amor de loba y su odio de leona, no participando de la vida más que de los pensamientos apasionados y no buscando más que las emociones fuertes, porque en las situaciones ordinarias le faltaba alguna cosa, como falta el simoun al desierto, como falta la tempestad al Océano.

Quien la hubiera visto en el momento de que hablamos, acostada tranquilamente, teniendo un reclinatorio al lado de su cama, y encima de aquel reclinatorio un libro de oraciones abierto, hubiera creído que era alguna virgen pura, aguardando el beso que su madre le daba todas las mañanas en la frente; y era una esposa adúltera que aguardaba á su amante, y aquel amante era el hermano de

su marido, de su señor y rey moribundo y demente.

Á poco rato se abrió una puerta oculta detrás de la tapicería, que comunicaba con la cámara del rey, y se presentó el duque de Orleans: se aseguró de que la reina estaba sola, cerró la puerta y se dirigió rápidamente á su cama. Estaba pálido y agitado.

— ¿Qué tenéis, duque? le dijo Isabel extendiendo hacia él los brazos y con la sonrisa en los labios; porque estaba ya acostumbrada á aquellas frecuentes nubes del corazón que pasaban por la frente de su amante. Venid á decírmelo.

— ¿Es cierto, preguntó el duque poniéndose de rodillas delante de la cama de la reina y pasando un brazo por su torneado cuello, es cierto que os envían á Creil y que es indispensable que estéis al lado del rey?

— Sí, Guillermo de Hersilly pretende que mi presencia aliviará sus padecimientos. ¿Qué os parece, monseñor?

— Que la primera vez que salga del castillo para ir á buscar simples en el bosque de Beaumont, le mandaré ahorcar del árbol más alto. Miserable, ignorante, que atascado en su ciencia, quiere servirse de vos como un remedio, sin pensar en el peligro á que os expone.

— ¿De veras correría algún riesgo? replicó la reina mirando tiernamente al duque.

— Riesgo de perder la vida, señora: el rey está furioso. ¿No mató al bastardo de Polignac, hiriendo además á tres ó cuatro señores? ¿Creéis que os reconozca, cuando no me reconoció á mí, á su hermano? Me persiguió con la espada desnuda, y gracias á la velocidad de mi caballo, pude escapar de la muerte. Aunque bien mirado, quizás hubiera sido mejor que hubiese perecido.

— Apreciad en más vuestra vida; nada escasea mi amor para que sea hermosa y feliz, y me es sensible ver que hagáis tan poco aprecio de ella.

— Isabel, temer sin cesar por vos, temblar al menor ruido que salga de aquella habitación maldita, estremecerme á la vista de cada persona que abre mi puerta, saber que estáis sola de día y de noche con un loco...

— No hay peligro, monseñor, y me parece que creáis en vuestra imaginación un sinnúmero de temores vanos: el ruido del hierro y la vista de las armas le trastornaron el juicio; y clavó en el duque sus hermosos ojos. En vez de todo eso le hablaré con ternura; reconocerá mi voz, y luego con caricias convertiré un león en un cordero. Ya sabéis lo mucho que me ama.

Á estas palabras se oscureció la frente del duque; se levantó bruscamente, y arrancándose de los brazos de la reina:

— Sí, sí, os ama, lo sé, dijo. Esa es la verdadera causa de mi dolor. No corréis ningún peligro á su lado; vuestra voz, como habéis dicho, le calmará; vuestras caricias mitigarán sus padecimientos. ¡Vuestra voz, vuestras caricias, Dios mío!

Apretóse la frente con las manos, é Isabel le miró medio incorporada en la cama.

— Y yo, continuó, cuanto más tranquilo le vea tanto más diré: era cariñosa. Y entonces me haréis maldecir al cielo por lo que debiera darle las gracias, por haber curado á mi hermano; y de ingrato que soy ya, me convertiréis... ¡Vuestro amor! ¡vuestro amor!... era mi Edén, mi paraíso; y ya me había acostumbrado á poseerle solo. ¿Para qué me servirá, si he de dividirlo con otro? ¡Oh! guardad entero ese amor fatal, ó para él, ó para mí.

— ¿Por qué no lo dijisteis antes? interrumpió Isabel con aire de triunfo.

— ¿Para qué?

— Hubiese contestado que no iba al castillo de Creil.

— ¡ No iréis ! exclamó el duque precipitándose hacia ella.

Pero de pronto se detuvo y dijo :

— ¿ Y qué excusa daréis para no ir ? ¿ qué dirán los duques de Borgoña y de Berry ?

— ¿ Creéis que deseen el restablecimiento del rey ?

— No : el duque de Borgoña ambiciona el mando y el duque de Berry codicia el dinero : la demencia de mi hermano dobla el poder del primero y acuña moneda para el segundo ; pero saben fingir, y cuando llegue á su noticia vuestra negativa... Y por otra parte, ¿ podéis dar el paso que meditáis ? ¡ Oh hermano mío ! ¡ pobre hermano mío !...

Los ojos del duque se humedecieron. La reina levantó la cabeza de su amante con una mano y con la otra enjugó sus lágrimas.

— Vamos, consolaos, le dijo, no iré á Creil : el rey curará y vuestro corazón fraternal, añadió lentamente y con un ligero acento de ironía, no tendrá para qué ruborizarse : encontré medio de conciliar los extremos.

Sonrióse maliciosamente.

— ¿Cuál es ? dijo el duque.

— Más tarde os revelaré mi secreto ; tranquilizaos mientras tanto y miradme con ternura.

El duque la miró.

— ¡ Qué hermoso sois ! continuó la reina, tengo envidia de vuestra cara. Dios quiso formaros mujer, pero pensó después que le haría falta un hombre para volverme loca.

— ¡ Isabel mía !

— Tomad, monseñor, dijo la reina sacando un medallón de debajo de sus almohadas, ¿ qué os parece esta miniatura ?

— ¡ Vuestro retrato ! exclamó el duque arrebatándosele y apretándole contra sus labios, vuestro retrato querido, adorado...

— Guardadle pronto, alguien viene.

— ¡ Oh ! sí, sobre mi pecho, sobre mi corazón, para siempre...

Abrióse la puerta, y entró la señora de Coucy.

— La persona que V. A. mandó llamar, dijo, aguarda vuestras órdenes.

Aquí tenéis á mi hermano de Orleans, continuó Isabel, que me ha suplicado de rodillas que no vaya al castillo de Creil, donde teme que mi persona corra algún peligro. Creo que vos me aconsejasteis lo mismo cuando vino ayer el duque de Borgoña á decirme que ese médico que vuestro marido dió al rey, pretendía que mi presencia podría aliviar algún tanto á monseñor ; ¿ opináis aun del mismo modo ?

— Sí, señora; y esta es también la opinión de muchas personas de la corte.

— Pues bien, me decido á no salir de París. Adiós, señor duque, os doy las gracias por el interés que por mí os tomáis y os quedo muy agradecida.

El duque saludó y desapareció.

— ¿ Es la superiora del convento de la Trinidad la que habéis anunciado, señora de Coucy? continuó Isabel dirigiéndose á la camarista.

— La misma.

— Que pase adelante.

La superiora entró, y la señora de Coucy la dejó con la reina.

— Quiero hablaros sin testigos, dijo Isabel, de una cosa muy importante, y que interesa á los negocios del reino.

— ¡ Á mí, señora! exclamó la abadesa con humildad; ¿ y cómo queréis que me mezcle en asuntos terrenales, cuando estoy separada del mundo y entregada á Dios?

— Ya sabéis, continuó la reina sin contestar á su pregunta, que agradecida á las demostraciones de aprecio que se me hicieron delante de vuestro convento cuando entré en la ciudad de París, os envíe, á fin de manifestaros mi agradecimiento y de

indemnizaros al mismo tiempo, un relicario de plata destinado á Santa Marta, á la que sé tenéis mucha devoción.

— Soy de Tarascón, señora, donde se tiene en gran estima á Santa Marta, y estoy sumamente agradecida á vuestra generosidad.

— Además he elegido, como sabéis, vuestra iglesia para hacer en ella mis devociones durante las fiestas de Pascua, y creo habréis notado siempre que la reina de Francia no es avara ni descuidada.

— Estamos tanto más agradecidas á este favor, cuanto que aun nada hemos hecho para merecerle.

— Tengo bastante influencia con nuestro Santo Padre de Aviñón para unir los dones espirituales á los dones temporales, y ciertamente no se negará á concederme las indulgencias que solicite para vuestra comunidad.

Una santa ambición brilló en los ojos de la abadesa.

— Señora, sois una reina poderosa y grande; y si nuestro convento pudiera hacer alguna cosa para agradeceros...

— Vuestro convento, no, pero vos, sí, madre abadesa.

— ¡ Yo, señora! Mandad.

— El rey, como sabéis, está loco. Encerrado hasta ahora con hombres vestidos de negro y enmascarados para inspirarle terror, le obligan éstos á someterse al régimen establecido por los médicos: pero el estado de agitación en que le tiene esta violencia, impide que los remedios produzcan buen efecto. Se trata de obtener por medio de la persuasión un resultado que hasta ahora solo se ha conseguido con la fuerza, y se ha pensado que una de vuestras hermanas, joven y amable, apareciéndosele como un ángel en medio de los fantasmas que le rodean, sería para él una visión celeste; que sus sentidos recobrarían alguna calma, y solo esta calma puede volver la razón á su trastornada cabeza: me acordé de vos, y deseo que el honor de la curación del rey recaiga en vuestro convento; seguramente se atribuirá á vuestras súplicas, á la intercesión de Santa Marta y á la santidad de la digna abadesa que dirige el blanco rebaño de las hermanas de la Trinidad. Ya conocéis el objeto para que os llamé; ahora toca á vos decirme si me engaño al pensar que semejante súplica os llenaría de satisfacción.

— ¡ Oh! sois muy buena, señora, y desde hoy tan solo vuestro convento es el elegido. Vos conocéis á la mayor parte de mis hijas; indicadme á

la que reserváis el honor de cuidar del precioso enfermo, cuyo restablecimiento implora la Francia entera.

— Dejo enteramente ese cuidado á vuestra solicitud, madre abadesa; elegid á la que queráis para esta santa misión: las palomas que el Señor os confió son todas puras y hermosas. Dios guiará vuestra mano, el pueblo la bendecirá y la reina colmará de favores á su familia.

Un rayo de ambición iluminó debajo de su toca la frente de la anciana abadesa.

— Estoy pronta á obedecer vuestras órdenes, señora, y ya he fijado mi elección; indicadme tan solo lo que me queda que hacer.

— Cuanto antes, acompañaréis á esa joven al castillo de Creil; yo cuidaré de dar las órdenes convenientes para que la camara del rey se abra á su llegada. Dios hará lo demás.

La abadesa saludó y dió algunos pasos hacia la puerta.

— Á propósito, añadió la reina, se me olvidaba decir que esta mañana os mandé un relicario de oro puro, en el cual está encerrado un pedazo de la verdadera cruz, que me le envió el rey de Hungría, á quien se lo regaló el emperador de Constantino-
pla. Espero que proporcionará á vuestro convento

la gracia del Señor y á vuestro tesoro las limosnas de los fieles. Le encontraréis en vuestra iglesia.

Marchóse la abadesa después de haber saludado otra vez.

La reina llamó á sus camaristas, se vistió, y pidiendo su litera, salió para ir á visitar en la calle de Barbette un palacio reducido, que acababa de comprar para habitarle alguna que otra temporada.

Durante este tiempo, el rey, como dijo Isabel, rodeado de doce hombres vestidos de negro y enmascarados, lo hacía todo á la fuerza : dominado por la sombría melancolía, cuando se apoderaba de él la fiebre estaba furioso, y débil cuando le abandonaba. En el primer caso, parecía que el fuego del infierno le devoraba, y en el segundo temblaba, como si hubiera estado expuesto encueros al frío más riguroso ; además, no tenía memoria para recordar lo pasado, ni discernimiento para juzgar, ni experimentaba tampoco más sentimiento que el de su dolor.

Desde el primer día estudió maese Guillermo su enfermedad con el mayor cuidado, y notó que todo ruido estrepitoso le hacía estremecer incomodándole mucho tiempo, y mandó en su consecuencia que no se tocasen las campanas ; notó también que cuando

veía una flor de lis, sin que se pudiera adivinar la causa, se ponía furioso, y se apartaron de su vista todos los emblemas heráldicos de la corona. No quería comer ni beber ; no quería tampoco acostarse cuando estaba levantado, ni levantarse cuando estaba acostado. El médico creyó oportuno que los que le servían se vistiesen ridículamente y que se pintasen de negro : esos hombres entraban bruscamente, y desapareciendo entonces el valor moral con la razón del rey, dejaba velar solo el instinto animal de la conservación. Carlos, tan arrojado y tan valiente, temblaba como un niño, obedecía como un autómeta, apenas respiraba, y por no hablar no se quejaba. Pero el hábil doctor no había dejado de percibir que el bien físico que hubieran podido producir en el enfermo los remedios que le obligaba á tomar, había disminuído extraordinariamente, caso de que no estuviera del todo destruído, á consecuencia del daño moral que este mismo medio arrastraba en pos de sí ; y entonces resolvió emplear la dulzura en vez de la violencia.

Bien fuese efecto de mejoría en su enfermedad, bien fuese postración de fuerzas, el rey estaba ya bastante sosegado, y se podía esperar que una voz querida fuese á buscar en el fondo de su corazón la memoria ausente de su cabeza, y que

veria con satisfacción que una cara amable y graciosa reemplazaba los asquerosos semblantes de sus guardas. Con este motivo se acordó maese Guillermo de la reina, y le suplicó que fuese á continuar la cura que bajo tan buenos auspicios había empezado. Ya conocemos los motivos que no permitieron á madama Isabel prestarse á este plan y la sustitución de persona, por medio de la cual esperaba verle realizado.

Instruyóse al doctor de las modificaciones que su proyecto había sufrido, y aunque menos seguro del éxito á causa del cambio adoptado, decidióse, sin embargo, á ponerle en ejecución, y aguardó con impaciencia á la hermana de la Trinidad.

Llegó á la hora convenida acompañada de la superiora: era su cara angelical, como debía deseársela maese Guillermo; pero aquella cara maravillosa no vestía el hábito de la Trinidad, y su cabellera intacta anunciaba que no había pronunciado voto alguno.

Maese Guillermo juzgó oportuno tranquilizarla, pero la vió tan sumisa y tan resignada, que solo pudo bendecirla; había preparado una serie de recomendaciones, pero ninguna salió de su boca, y lo abandonó todo al sentimiento y á la inspiración de aquella alma cándida.

Odetta (era ella) había cedido á las instancias de su tía en el momento mismo en que entrevió que se ocultaba un gran sacrificio en lo que de ella se solicitaba. Cuando el amor se halla comprimido en el fondo de un alma generosa, tarde ó temprano sale de él bajo la forma de una virtud superior, solamente los que recorren el velo que la cubre la reconocen tal como en sí es; pero el vulgo, que se contenta con verle pasar, conserva su error y la llama por el nombre que ella misma se ha dado.

Carlos había salido con sus guardas: el sol de mediodía le atormentaba, y se habían destinado las mañanas y las tardes para sus paseos. Cuando llegó Odetta se encontró sola en la cámara real, y un sentimiento extraño se apoderó del alma de aquella niña, que habiendo nacido tan lejos del trono, continuamente la empujaba hacia él su destino, como empuja la tempestad un barco hacia las rocas. Todo en aquella cámara indicaba la presencia de cuidados mercenarios y el abandono de las personas queridas, y Odetta se compadeció entonces de aquella gran desgracia. La dignidad real cubierta de luto y destronada, implorando el auxilio de una joven del pueblo, le pareció sublime. Cristo azotado y llevando la cruz, es más grande que Jesús echando á los vendedores del templo.

Silencioso estaba todo en aquella cámara inmensa, en la que penetraba la luz á través de los vidrios de color; una gran chimenea de piedra labrada, en la que ardía un fuego ardiente, á pesar de ser la época de las más calurosas del estío, estaba enfrente de un lecho colgado de damasco verde con flores de oro, cuyas desgarradas cortinas atestiguaban las luchas frenéticas que en él había sostenido la locura. El suelo estaba sembrado de fragmentos de muelles y de vasos que el rey había roto en sus accesos, y cuyos destrozos no se habían recogido por descuido; todo, en fin, presentaba el cuadro de la destrucción ininteligente: veíase que solo la materia vivía en aquella cámara, y el desastre, cuyo rastro se conocía fácilmente, parecía más bien producido por la presencia de alguna fiera que por la habitación de un hombre.

Á ese aspecto se apoderó de Odetta aquel temor personal, tan propio de la debilidad de la mujer: conoció que, pobre y tímida gacela, se hallaba en el antro del león, que el insensato, cerca del cual se le había conducido, la despedazaría con solo tocarla, como á uno de aquellos muebles cuyos restos pisaba, pues no tenía el arpa de David para encantar á Saul.

Estaba enteramente entregada á sus reflexiones,

cuando oyó un ruido estrepitoso: eran quejas y gritos parecidos á los que da un hombre que tiene miedo: al rumor se unió la voz de otras muchas personas, que al parecer perseguían á alguno. En efecto, el rey se había escapado de las manos de sus guardas, que le habían alcanzado en la habitación contigua, donde se empeñó una lucha.

Al ruido de aquella gritería, Odetta se puso á temblar; buscó para huir la puerta oculta detrás de la tapicería por donde entró, y no encontrándola, corrió á la otra puerta; pero el ruido se había acercado tanto, que le pareció que solo sus hojas le separaban de los que le producían. Precipitose entonces detrás de la cama, envolviéndose en las cortinas para ocultarse, si posible fuese, á las primeras miradas del rey furioso; apenas había llegado á aquel sitio, cuando se oyó la voz de maese Guillermo, que decía:

— Soltad al rey.

Y la puerta se abrió.

Carlos entró con los cabellos erizados, pálido, cubierto de sudor el rostro y con los vestidos desgarrados: corrió al fondo de la cámara buscando alguna arma para defenderse, y no encontrándola se volvió hacia la puerta, que habían tenido la precaución de cerrar; esto le tranquilizó algún

tanto, se quedó mirando hacia aquel sitio por espacio de algunos segundos, y avanzando luego de puntillas como si temiera que le oyesen, dió vuelta á la llave y se encerró también por dentro. Buseó entonces con los ojos algún medio de defensa, y viendo la cama, la agarró por el lado opuesto al en que estaba Odetta, y la llevó arrastrando delante de la puerta que quería defender contra sus enemigos; dió una de aquellas carcajadas que hacen estremecer á los que las oyen, y dejando caer las manos á lo largo de su cuerpo y la cabeza sobre su pecho, fué á sentarse con pausado paso delante de la chimenea, sin reparar en Odetta, que se había quedado en el mismo sitio, pero descubierta, á causa del cambio de las cortinas.

Entonces, bien sea que el acceso de la fiebre hubiese pasado, bien sea que el temor hubiese desaparecido con los objetos que le habían causado, lo cierto es que la debilidad sucedió al furor, y el rey se recostó en el sillón en que estaba sentado, quejándose suave y tristemente; de pronto se puso á temblar y chocáronse sus dientes: se conocía que debía sufrir horriblemente.

Á la vista de aquel espectáculo desapareció el terror del alma de Odetta, y á medida que el rey se debilitaba ella iba recobrando el valor; tendió

las manos hacia el rey, y sin atreverse todavía á levantarse, le dijo con timidez:

— Monseñor, ¿qué puedo hacer por vos?

El rey volvió la cabeza, y vió á Odetta en el otro extremo de la habitación; miróla un instante con aquella mirada triste y dulce tan habitual en él antes de enfermar, y le dijo con una voz que por momentos se iba debilitando:

— Carlos tiene frío... frío... frío...

Odetta se acercó á él y le cogió las manos; efectivamente las tenía heladas: fué á la cama, quitó una cortina, la calentó á la lumbre y envolvió con ella al rey, quien experimentó algún consuelo, porque se echó á reír como un niño. Esto animó á Odetta, y dijo:

— ¿Y por qué tiene el rey tanto frío?

— ¿Qué rey?

— El rey Carlos.

— ¡Ah! Carlos.

— Sí; ¿por qué tiene Carlos tanto frío?

— Porque Carlos ha tenido miedo.

Y otra vez se puso á temblar.

— ¿Y cómo tiene miedo Carlos, siendo un rey tan poderoso y tan valiente?

— Carlos es poderoso y valiente y no tiene

miedo á los hombres (y bajando la voz); pero le tiene al perro negro.

El rey pronunció aquellas palabras con una expresión tal de terror, que Odetta dirigió la vista á su alrededor para ver si percibía al animal de que le hablaba.

— No, no entró, dijo Carlos, entrará cuando me acueste, y esta es la razón por qué no quiero que me acuesten... no quiero... no quiero. Carlos desea estar al lado de la lumbre, porque Carlos tiene frío... frío... frío...

Otra vez calentó Odetta la cortina, y otra vez envolvió con ella al rey, y sentándose á sus pies le apretó las dos manos entre las suyas.

— ¿ Conque tan malo es el perro negro ?

— No; pero sale del río y está helado.

— ¿ Y esta mañana corrió detrás de Carlos ?

— Carlos salió porque se abrasaba y tenía necesidad de respirar el aire libre, bajó á un hermoso jardín donde había flores, y Carlos estaba muy contento...

El rey retiró sus manos de las de Odetta y se apretó la frente como si hubiera querido arrancar de ella un dolor agudo.

— Luego, continuó, Carlos se paseaba por encima del verde césped cubierto de florecitas, pero anduvo

tanto, tanto, que se cansó: vió entonces un hermoso árbol que tenía manzanas de oro y hojas de esmeralda, y se tendió debajo de él mirando al cielo, que estaba azul con estrellas de diamantes. De repente oyó ladrar al perro, pero lejos, muy lejos: el cielo se obscureció y las estrellas parecían chispas de fuego: las manzanas del árbol se balanceaban como si hiciera viento, produciendo cada vez que le encontraba el mismo ruido que produce una lanza al caer sobre un casco: luego colocó á aquellas hermosas frutas de oro dos alas grandes de murciélago, que empezaron á moverse; poco después aparecieron en ellas dos ojos, una nariz y una boca, de modo que parecían calaveras. El perro ladró otra vez, pero más cerca, más cerca: el árbol tembló, y sus narices también, las alas se agitaron, las cabezas dieron gritos, las hojas se cubrieron de sudor, y cada gota caía fría, fría, sobre Carlos, y Carlos quiso levantarse y huir, pero el perro ladró por tercera vez á su lado... y sintió que se echaba sobre sus pies, sujetándolos con su peso; y subía lentamente, lentamente por su pecho, pesando como una montaña; quiso rechazarle con sus manos, y él le lamió los manos con su lengua de hielo, ¡ oh ! ¡ oh ! ¡ oh !... Carlos tiene frío... frío... frío..

— Pero si Carlos se acostase, tal vez tendría más calor.

— No, no: Carlos no quiere acostarse, no quiere... Luego que Carlos se acuesta, el perro negro entra, da vueltas alrededor de su cama, levanta la sábana y se echa encima de sus pies, y Carlos prefiere morir.

El rey hizo un movimiento como para huir.

— No, no, dijo Odetta levantándose y tomando al rey entre sus brazos, Carlos no se acostará.

— Sin embargo, Carlos quisiera dormir.

— Bien, Carlos dormirá encima de mi pecho.

Sentóse en el brazo del sillón, pasó la mano alrededor del cuello del rey, y le recostó la cabeza encima de su seno

— ¿Está bien así Carlos?

El rey levantó los ojos y la miró con una inefable expresión de agradecimiento.

— ¡Oh! sí, Carlos está bien... bien...

— Pues que duerma, y á su lado cuidará Odetta de que el perro negro no entre.

— Odetta, dijo el rey, Odetta.

Y se echó á reir con la expresión ininteligente de la infancia, descansando su cabeza en el pecho de la joven, que permaneció inamóvil y comprimiendo el asiento.

Cinco minutos después se abrió la puertecita falsa, y maese Guillermo entró con suma precaución: acercóse de puntillas al grupo inmóvil, se apoderó de la mano que el rey tenía caída, le pulsó, arrimó el oído á su pecho y escucho su respiración.

Levantándose con semblante alegre, dijo en voz baja:

— Hace mucho tiempo que el rey no ha tenido un sueño tan tranquilo como este. Dios os bendiga, hermosa joven, porque habéis hecho un milagro.